

EL ESPACIO DE LA CULTURA

La arquitectura ha sido siempre un elocuente testimonio de las preocupaciones culturales sociales y técnicas presentes en la historia, y ello se ha manifestado así en la evolución de ciertas tipologías arquitectónicas que han surgido y se han desarrollado en respuesta a los requerimientos exigidos para albergar nuevos usos. La necesidad de crear edificios dedicados a la lectura y a la contemplación de las artes es antigua, pero ha ido adquiriendo distintas características a lo largo de la historia hasta llegar a las más recientes bibliotecas y museos de nuestros días. Si en la época clásica ambas funciones estaban en muchos casos ligadas en el mismo edificio —el lugar inspirado por las musas— adquiriendo un valor que aún nos sugieren los nombres de las bibliotecas de Alejandría, de Pérgamo o la Academia de Platón, los espacios dedicados a la cultura quedaron ocultos durante siglos relegados a los templos y monasterios para renacer de nuevo en el siglo de la Ilustración. Es en el XVIII y XIX cuando las nuevas tipologías de bibliotecas, museos y teatros llegarían a adquirir el carácter por el que hoy los reconocemos.

ARQUITECTURA ha querido en este número proponer la reflexión en torno a los espacios para la cultura, en un momento —singularmente las dos últimas décadas— en el que un acentuado interés por parte de los poderes públicos ha provocado una proliferación de edificios destinados a la difusión del conocimiento convertidos en cierto modo en paradigmas ideológicos de un nuevo valor social. Museos, bibliotecas, galerías de arte, teatros, etc... forman parte de una arquitectura entendida en ocasiones como pretexto y como soporte de la transmisión de sus valores simbólicos e intelectuales. La

respuesta en que se ven concretados estos edificios ha sido resultado tanto de la evolución de la propia disciplina como de la transformación de su función social de la que antes carecían.

Si bien en el desarrollo de la Arquitectura Moderna el papel de los edificios institucionales para la cultura no fue tan esencial como el que se otorgó a la vivienda, han sido sin embargo museos y bibliotecas algunas de las obras maestras que aún hoy constituyen modelos a los que se recurre con frecuencia. Los espacios de exposición de Mies, las bibliotecas de Asplund en Estocolmo, de Aalto en Viipuri o de Kahn en Exeter constituyen sin duda algunos de los más válidos ejemplos de una arquitectura surgida de la necesidad de proporcionar espacios que sirvan a ese sentimiento coleccionista del hombre que le induce a conservar y permanecer en contacto a través de los libros y los objetos de arte con su propia historia.

La biblioteca de Ljubjana de Jože Plečnick, y la de Estocolmo de Asplund son analizadas en este número en ensayos de Javier Cenicacelaya y Caroline Constant. El texto de J.M. Montaner sintetiza el desarrollo de los edificios destinados a la cultura hasta nuestros días. Las obras recientes aquí presentadas, la biblioteca de Zaragoza de López Cotelo y Puente, el Centro Atlántico de Las Palmas de Sáenz de Oiza, junto a transformaciones de edificios del pasado para albergar nuevas funciones culturales o institucionales, constituyen intervenciones singulares que desde puntos de vista y resultados diversos reflejan algunas de las distintas aproximaciones al problema de los espacios de la cultura que conviven en la arquitectura española de nuestros días.